tal como Dios, todo lo que es inferior á él os abate; todo lo que es perecedero y material es inferior á vos, y no puede saciar vuestros deseos: Dios solo por su inmensidad puede haeerlo: dirigid pues vuestros votos hácia él.

Dichosa criatura, si conoceis toda vuestra felicidad, y sí por una continua atencion, llevais por todas partes el augusto carácter del Dios á quien os asemejais, ¿hasta dónde vereis estenderse la gloria de sus dones y de sus beneficios? En lo sucesivo os debeis dedicar á manteneros siempre pura en vuestro entendimento, y siempre santa en vuestra voluntad.

¿Renunciariais ¡oh alma mia! á un destino tan glorioso, cuando os es concedido para gustar toda la dulzura, y gozar deliciosamedte las ventajas infinitas de una semejanza tan preciosa?

Para lograrla, no dejeis que vuestra inteligencia se desvie, y vuestro amor se pierda en medio de los frívolos objetos que en este mundo rodean vuestra fragilidad.

Alzad vuostro vuelo hácia Dios mismo; arrojaos en el seno de la Divinidad; unios sin cesar á ese Ser de los seres que ha querido haceros semejante á él. Asi vendrá á ser desde luego el alma de vuestra voluntod y la vida de vuestro amor.

ARTÍCULO XXXVIII.

Ventajas del recogimiento interior.

Regnum Dei intra vos est.
El reino dé Dios està dentro de vosotros mismos.—Luc. C. 17.

¿Es cierto que un bien tau deseado, tan precioso, un bien. . . . . ¿qué digo? un reino que nada menos es que el reino de Dios, haya de estar tan cerca de nosotros que podamos hallarle á toda hora dentro de nosotros mismos, en el dulce ejercicio de un recogimiento tan facil como glorioso?

¡Ah! Si hubiera sido menester buscarle al travez de mares desconocidos, si fuera pre-

ciso para hallarle recorrer las tierras mas distantes, ¿vacilariamos un momento en esponernos á los mas grandes peligros para lograrlo? Mas no, vuestra bondad pródiga ha querido, ¡oh Dios mio! escusarnos de los cuidados de tan fatigosa solicitud. Este bien tan dulce está muy cerca de nosotros, está en nuestro corazon; se ofrece para nuestros trasportes; no se emplea sino en nuestro gozo; no hace mas de entrar en nosotros mismos, y nos proporciona en medio del mundo y de sus distracciones, una soledad secreta donde podemos entregarnos sin testigo, á las tiernas emosiones de un vivo reconocimiento, y á las dulces impresiones de una fe atenta y pura, donde podamos escuchar la vos del Esposo celestial, corresponder á su ardor, mantenernos constantemente á sus piés, desahogar nuestras inquietudes encerrándolas en su séno, hacer de él un asilo seguro de nuestra flaqueza, desengañarnos de nuestros errores con su verdad, consolarnos en su voluntad de nuestras desgracias, unirnos á sus miras, á sus designios, vivir en fin con él

en una comunicacion mútua de deseos y de sentimientos; ved ahí el reino interior, el reino divíno que se nos ofrece.

¡Ay! nosotros pedimos hace tanto tiempo que venga el reido de Dios (Orat. Dom.): ¿por qué no ha venido todavia para nosotros supuesto que tan cerca le tenemos? ¿Qué cosa nos lo puede alejar? ¡Ay! ¿podrémos engañarnos en esto?

Nuestra disipacion, nuestra frialdad, son las que han levantado un muro de separacion que nos lo oculta: una funesta ceguedad, una odiosa prevencion nos tiene privados hasta ahora de ese bien.

Nosotros podemos todavia procurarnos ese reino adorable; la ternura de nuestro Dios nos abre aun la puerta: ¿serémos tan enemigos de nosotros mismos, para renunciar vergonzosamente á una conquista tan gloriosa como facil?

¡Gran Dios! que vuestra gracia y mi dolor, destruyan para siempre esos frívolos obstáculos que mi indolencia sola ha formado,

y de que sin embargo no resiento toda la debilidad.

Yo como insensato, me imaginaba falsamente que el tedio era siempre la única herencia destinada á la soledad y retiro, mientras que la esperiencia y las quejas continuas de los amadores del siglo, hubieran debido mostrarme que ese tedio se ha refugiado, y mora en el hombre entregado al placer á quien sigue por todas partes, como una sombra importuna: que las diversiones y juegos que ha agotado no le ofrecen mas una triste uniformidad, que le cansa y entorpece: que hace cuanto puede para variar sus recreos y no consigue sino variar sus disgustos. Cuando se apresura á asistir á todas las fiestas del mundo, para hacer reanimar un gusto debilitado por la costumbre, no siente mas que incipidez: semejante á un enfermo á quien se le presentan muchos manjares, y prueba de todos, sin que ninguno pueda ni aun ecsitar su apetito. Los verdaderos placeres, los placeres puros y sólidos, se hallan den-

tro de nosotros mismos; ellos nacen del seno de la paz, del recogimiento, de la inocencia, como de tres fuentes inagotables que se aumentan estendiéndose, y se difunden sobre los objetos aun mas sencillos. ¿Qué gozo ha menester en lo esterior aquel qne ya lo disfruta dentro de su alma?

¡Oh vida de recogimiento y de amor! ¡Oh reino interior y celestíal! yo os buscaré en lo de adelante en medio de mi corazon; yo me substraeré, para mejor gustaros, de todos los vanos objetos que sín cesar me rodean: hallaré dentro de vos esa paz inefable que es superior á los sentidos; vos me sobrepondreis á los amagos y desgracias, á las promesas y favores de ese mundo frívolo; vil esclavo de una fortuna perecedera, vos me indemnizareis de todo lo que me pueda faltar; vos me dareis cumplidamente placeres tan puros como perfectos, tesoros y grandezas inmortales: vos me elevareis al trono de Dios; yo me perderé deliciosamente dentro de su ser.

¡Oh dulce complacencia! ¡amáble pose-

cion! ¡oh cielos! ¡estar sin cesar con el mas bello de los objetos, seguirle en todo momento, verle y contemplarle á toda hora, hablarle, escucharle en un tierno trasporte, amarle y ser el único objeto de su amor! ¿es posible tener una suerte mas dulce y mas encantadora?

ARTÍCULO XXXIX.

Felicidad de una alma que se dedica al conocimiento de Dios.

Haec est autem vita aeterna, ut cognoseant te.
La vida eterna consiste en conoceros.—(Juan C. 17.)

Conocer á Dios, verle tal como es en sí mismo, gozar de su presencia, vivir de su amor, entrar en todos los derechos de su divinidad, sacar á manos llenas cuanto pudieramos desear en el oceano de sus delicias: esta es la ocupacion mas dulce, esta es la vida eterna de los bienaventurados.

Conocer á Dios, adorarle y amarle; no ver

sino á él en sus obras, no gustar sino de él en sus dones, no querer sino su mano en sus beneficios, entrar en sus designios, respetar sus secretos, someterse á sus leyes, seguir su voluntad: este es el camino que conduce á la vida eterna, esta es la senda que lleva á ese término divino.

¡Dichoso conocimiento sin el cual no se puede sino desfallecer en una horrorosa muerte! ¡qué yo os conozca pues, ¡oh mi Dios! á fin de que yo viva para siempre de vuestro amor! ¡Oh vida eterna de mi alma, que yo os conozca, y que todo mi sér se nutra deliciosamente de la esencia divina! ¿Se os puede conocer sin amaros? ¿Amandoos se puede conocer la nada? Pero ¡ay! el hombre no es, ¡oh Dios mio! sino una mentira; sus ojos entorpecidos por su carne ¿podrán elevarse hasta Vos? ¡Oh verdad! ¿su debilidad podrá fijarse en Vos sin ser deslumbrada de vuestros rayos?

Ocultadme, si es menester, Señor, ocultadme los secretos de vuestro poder; mas dignaos descubrir á mi corazon las maravillas

de vuestra gracia, á fin de que yo pueda hacerla el asilo que me preserve del torrente de iniquidad que me rodea y estrecha por todas partes.

¡Oh luz increada! derramad sobre mi vuestros beneficios; separad, disipad las tinieblas que tienen sitiada mi fragilidad, y ocultan á mi vista los senderos que me conducen á Vos. Volvedme mi primera inocencia, y la primera inclinacion que Vos mismo pusisteis en mí, hácia la verdad; reformad esos rasgos que vuestro esplendor habia impreso en mi alma, y el pecado ha desfigurado.

¿Cómo podré reparar los estravíos de una juventud tan condescendiente? Solo fijando continuamente mis miradas sobre Vos, y marchando con fidelidad por el camino de vuestros mandamientos. (Ps. 118.)

Los pecadores me han contado sus fábulas (Ibid.): mas vuestra verdad y la santidad de vuestra ley las confunde: ella me descubre sus vanos pretestos y me garantiza contra su seduccion. ¡Ay! sin esa divina antorcha ¿qué haria yo en medio de los la-

zos que se tienden sin cesar á mi debilidad, en esta region que devora á sus habitantes? Ella solo puede guiarme por tan sombrio desierto: ella sola puede mostrarme esa tierra prometida, donde mis deseos deben llevarme y adonde mis pasos deben dirigirse sin descanso.

Felices aquellos á quienes os dignais daros á conocer, ¡oh verdad! ¡oh vida eterna de los corazones! Ellos cerrarán los ojos á todas las cosas visibles, para no ver, para no conocer sino á vos; vos les hareis superiores á sí mismos; vos los nutrireis cada dia con el pan vivificante de vuestra divina palabra; los otros discursos les serán despues insípidos y vanos. Maná delicioso, ya no gustarán sino de vos, vendreis á ser el mas dulce alimento de su alma. Sol brillante vuestros celestiales rayos vendrán á esparcirse sobre ellos. Todo lo que les rodea se les presentará como un nuevo dia. El espectáculo del universo no les mostrará mas que la mano bienhechora de un Dios criador y conservador; hará reflejar so

bre ellos sin cesar, aunque entre sombras, los rasgos de su soberana belleza, ellos verán estampada su bondad en todas sus obras; entonces le adorarán; no amarán otra cosa que á él, ni en las criaturas descubrirán mas que á él. La noche se les mostrará con tanta claridad como el dia; su justicia les parecerá tan amable como su misericordia y su providencia; su gloria vendrá á ser el mas caro interes de su corazon: una fé viva y ferviente les guiará; una dulce esperanza les sostendrá; una caridad tierna y sincera les acompañará en todo lugar.

¡Oh suerte digna de envidia! ¡oh gloriosa vida! ¡Oh santa verdad! ¡oh mi Dios! ¡ese es el feliz destino de aquellos á quienes os dignasteis mostraros! ¡Oh ciencia sublime! yo no quiero saber mas, ni consocer mas que á vos! ¡Ah! asi es como escitais con razon mis deseos; vos sois esa agua viva y pura que impetuosamente salta del seno de la eternidad.

¡Oh! ¡quien me diera el que inundaseis mi alma y apagaseis su sed! ¡Quien me

alcanzára con la dicha de conoceros, el anticipado gozo y la prenda de esa vida inmortal, que no se puede hallar sino en Vos solo!

ARTÍCULO XL.

Sobre el misterio de la Anunciacion.

Ait Angelus ei: Ne timeas, Maria....
Concipies in utero et paries filium,
et vocabis nomem ejus Jesum.
No temas dijo el angel á Maria, concebirás y darás á luz un hijo á quien llamarás Jesus.—Luc. c. 1.

¿Cual es pues, ¡oh divina Maria! cual es el misterio inefable que el enviado de Dios os anuncia en este dia? ¿Es permitido á un hombre mortal meditar su augusta profundidad? ¿Le será dado comprenderla?

El Altísimo quiere abatirse hasta el estremo; el Dios fuerte no se desdeña de vestirse

de nuestra debil carne; el invisible va á mostrarse á nuestro ojos atónitos, y su amor, en fin le lleva á ser para siempre, por causa de nuestro amor lo que no habia sido durante una eternidad entera, ¡oh prodigio que sobrepuja todos los prodigios! ¡milagro estupendo prometido á Acaz á fin de confundir para siempre la infidelidad mas obstinada!

Una Vírgen concibe en tiempo al mismo hijo que el Eterno engendra desde antes que aparecieran todos los siglos: ella viene á ser el augusto santuario de aquel que ni la inmensidad de los cielos seria capaz de contener. Ella viene á ser la medianera de la tierra y la reparadora del género humano.

Vedle ya prosternado á vuestros piés ¡oh verdadera Eva! esperando de vos en este dia la vida y la inmortalidad que la primera Eva le hizo perder. Su gracia depende de vuestro consentimiento, que os lo pide con el ángel. Volved vuestros ojos á sus deseos, dejaos conmover por sus lágrimas. Su destino eterno acaba de ser puesto en vuestras manos: dad pues ese consentimiento tan

deseado, que le va á hacer feliz para siempre.

¡Cuántas maravillas! ¡cuántas gracias nos descubre este precioso dia! Es menester para penetrarlo y corresponder por mi parte, ¡oh Vírgen incomporable! que yo conciba espiritualmente al mismo Verbo que encarnó en vuestras entrañas purisimas.

¡Oh divino y purisimo espíritu! que descendeis tan santa y maravillosamente al seno de Maria para hacerla fecunda, descended tambien á mi corazon para purificarle, á fin de que entrando en los designios de este misterio, le honre por las mismas virtudes que ha sido cousumado.

Amable pureza ¡cuán preciosa sois á los ojos del Señor! pues que le haceis dejar el cielo para unirse á vos en la persona de una vírgen sin mancha, y que poniéndola por esta eleccion gloriosa sobre todas las criaturas, os consagra y eleva al mismo tiempo sobre las mas sublimes virtudes.

¡Oh santa humildad! por vos sola es como se comunica el Señor: vos sola teneis

derecho para acercarle, y vos sois la que llenais hoy el inmenso intervalo que media entre la criatura y el Criador. Maria se confiesa su esclava y viene luego á ser su Madre.

¡Oh misterio adorable por el que nuestra dicha iguala la magnificencia del Todopoderoso! ¡Oh humildad cuyo precio es nuestra eterna salud! ¡Oh pureza que deshace todas nuestras culpas!

¡Oh Vírgen privilegiada! cuyas purisimas entrañas vienen á ser ahora el altar de la divinidad! vos sois superior á los mas magníficos elogios. Que el universo calle por respeto; que admire en silencio tantos prodigios; que conozca todo el mérito de las virtudes que os procuran en este dia una tan grande glaria, y que imite en fin lo que él conoce.

¡Oh santisima hija de Judá! en vos es donde se obra el secreto inefable del abatimiento incomprensible de un Dios: enseñadnos á corresponder á sus miras por un profundo anonadamiento.

Vuestra humildad hace bajar al Dios del

cielo sobre la tierra: vuestra pureza compromete al santo de los santos, á unirse á nuestra naturaleza: haced que nosotros amemos siempre encarecidamente esas vírtudes.

Cuando un Dios se abate y anonada, ¿el hombre acaso se atreverá á elevarse? ¿Podrá atentar á manchar su cuerpo consagrado por la union y semejanza del Verbo divino? ¡Oh Dios oculto á nuestros ojos! corregid nuestro orgullo. ¡Oh Dios santo! purificad nuestro corazon; apresuraos á mostraros á nuestros ojos, venid á sacarnos del abismo á donde el orgullo y la concupiscencia nos ha arrojado, añadid al ejemplo é instruccion que nos has dado, el oportuno remedio. Médico caritativo, venid á curar nuestros males; Maestro sublime y Todopoderoso, venid á hacernos practicar vuestras lecciones; venid á disipar nuestras tinieblas, apresuraos á visitar á los infortunados que ha tanto tiempo, destanecen en las sombras de la muerte. Y vos ¡Oh Vírgen gloriosa! esforzaos con diligencia á darnos al Libertador tan deseado.

ARTÍCULO XLI.

De las ventajas de la oracion.

Petite, et dabitur vobis; . . . ,
pulsate, et aperietur vobis
Pedid y se os dará; llamad,
y se os abrirá la puerta.
—Math. c. 7.

Una seguridad tan determinada, un medio tan facil, un socorro tan á la mano, ¿nos dejan todavia con necesidades que sufrir? Y si hay desgraciados entre nosotros, ¿no merecen sus desgracias y sus penas? Gracias de toda especie, recursos para todas las situaciones y mas penosos acontecimientos, constancia, fuerza y victoria, consuelo y toda clase de bienes tienen su fuente fecunda en la oracion. El Distribuidor soberano de todos los tesoros se digna ceder á nuestra empeñosa diligencia. No hay sino pedir para obtenerlo todo de su magnificencia y bondad: ¡y nosotros desfallecemos entretanto en una vergonzosa indigencia!

Agobiados de toda suerte de males, hechos presa de la tiranía de nuestras inclinaciones, y de los vanos caprichos de una imaginacion que no puede sino descaminarnos; entregados á la inconstancia de nuestro corazon y á la vanidad de nuestros deseos, sujetos á tantas enfermedades, esclavos de tantas necesidades que nos humillan, debiles, acobardados, abatidos por los mas ligeros accidentes, hombres al fin, ¿y el hombre podrá nunca estar en seguridad? Si evita un mal, ¿escapará de la naturaleza? ¡Qué de indigencia en el rico! ¡Qué de debilidades en el fuerte y en el poderoso! ¡Qué de locura é ignominia en el sabio y en el literato! ¡Qué de enfermedades en el robusto! ¿Se puede concebir cómo en una tan deplorable situacion, no tengamos nada que pedir, ó ignoremos como hacerlo?

¿Nada nos dice pues el sentimiento de nuestra debilidad y de nuestras necesidades? ¿Necesita un enfermo aprender á buscar un pronto remedio, ó el hombre urgido de la hambre, á solicitar el alimento que le falta?

Un corazou que sufre, haya siempre en su dolor lo que necesita para quejarse y persuadir.

¿De donde viene pues, ¡oh mi Dios! que yo sea tan frio y reservado, tan distraido y tan poco conmovido en vuestra presencia? ¿Por qué no dilato jamas mi alma delante de Vos con afecciones de una tierna confianza y los movimientos de una santa importunidad? ¿Por qué estoy con Vos como con un desconocido y un estrangero? ¡Ah! yo no debo buscar otra razon, si no es mi poca fé ó una indiferencia culpable. Asi es que si mi salvacion eterna me interesara tanto como ella merece, si pensara sériamente en los peligros que amenazan á mi alma, ¿con cuánta diligencia no levantaria las manos hácia Vos? ¿Qué de gemidos, cuantos suspiros no haria subir hácia vuestro trono? ¿Por cuantos géneros de súplicas no procuraria interesaros en mi suerte?

Herido justamente del terror de vuestros juicios, penetrado de la enormidad de mis faltas, inquieto por mi futuro destino, incier-

to de mi voluntad, estrechado por mis necesidades: tan diversos sentimientos vendrán á ser para mi corazon sus mas apremiantes motivos. ¿Puedo yo todavia dudarlo? no, mi insensibilidad sola es la que hasta aquí me ha cerrado la boca; ¿donde estaria yo, ¡oh mi Dios! si á vuestro turno, ¡ay dé mí! me hubierais cerrado vuestro corazon? vuestra justicia asi lo ecsigia; mas vuestra misericordia la ha contenido y no se ha vengado de mi frialdad, sino reprochándome con una ternura que ni aun siquiera he implorado hasta ahora (Joan c. 24.)

Comienzo desde este momento, y mis lágrimas os dicen lo que mi boca no podria esplicar sino muy debilmente.

Dignaos escuchar el lenguage de mi confusion, y de mi dolor que os hablan por mí despues de haber guardado un tan largo silencio: yo tengo tantas cosas que pediros que mis palabras no son suficientes para hacerlo; mas mi corazon y vuestra bondad suplirán su falta. Yo me entrego al uno y á la otra, y lo espero todo de vuestra libera-

lidad, ¡Oh cielo! ¿podria yo creer que tan luego hubieran sido satisfechos mis deseos? ya mi alma esperimenta sus generosos efectos. Mi espíritu se abre á vuestras luces, y mi alma á las dulzuras de una tierna confianza. Depositando en vuetro seno mis votos y suspiros, un secreto sentimiento me dice que los habeis escuchado. Esponiéndoos solamente mis peligros y descubiéndoos mis necesidades, han desaparecido. Vuestro brazo me sostiene, vuestros tesoros me enriquecen, vuestra gracia me instruye, y vuestro amor me inflama. ¡Qué pueda abrazarme en lo de adelante en ese ardiente fuego, y avivarlo en cada momento por una humilde y fervorosa oracion!

ARTÍCULO XLII.

Visitacion de la santísima Vírgen á santa Isabel.

Unde hoc mihi ut veniat Mater Domini mei ad me!
¿De donde á mí tanta dicha, que la madre de mi Señor se digne visitarme?—Luc. c. 1.

Una Vírgen oculta y desconocida sale en este dia de su retiro, conducida por el espíritu del Señor que lo anuncia á Isabel: ella en nada cuenta las penas de un viaje incómodo; ella se empeña en satisfacer los deberes de que tanto su dignidad como su estado podian dispensarla. ¿Qué no emprende la caridad? ¡Qué de virtudes, que de prodigios no resplandecen en esta visita! ¡Qué de instrucciones, qne de misterios no presenta á nuestro corazon! Recojamoslos, aprovechémonos de ellos, acompañemos en espíritu á esta Vírgen tan humilde y tan modesta: besemos con respeto las huellas de sus pasos, celebremos con aplauso los santos tras-